

te, en calidad de Jefe de Estado Mayor, de aquella avanzada que iba a ser la última. Todos iban camino de un cadalso, el del Cerro de las Campanas, que puso fin a la trágica aventura del Imperio.

Maximiliano sería allí la víctima de aquel drama, el señalado por una extraña confabulación de circunstancias para cumplir un destino fatal. No lo salvaría ni su propia voluntad que tuvo ante sí los medios para librarse y se mostró, empero, reacia para seguir otra trayectoria que la trazada.

Era un personaje de tragedia, y trágicamente debía terminar.

XXIII

QUERETARO

SEIS DÍAS duró la azarosa marcha del Emperador y su ejército hacia Querétaro. Seis días en que hubo que sortear peligros inminentes y combatir a guerrilleros liberales que, aislada u organizadamente, amenazaban la capital del agonizante Imperio.

En Cuautitlán se unió a la columna el ex-republicano general norteño Vidaurri y el príncipe Félix de Salm Salm, un prusiano que venía de servir en la guerra civil de Estados Unidos y deseaba correr la aventura de México con Maximiliano. Su nombre lo ha anotado la historia porque su esposa, la franco-neoyorkina Inés Leclerc, princesa de Salm Salm, a quien se atribuye una secreta pasión amorosa hacia Maximiliano, fue la que más luchó por salvarlo, arrodillándose ante Juárez en San Luis Potosí, sobornando a centinelas y ofreciéndosele aún al adusto y atónito general Escobedo para que le perdonase la vida al archiduque austriaco.

En San Juan del Río, Maximiliano dirigió una proclama al ejército, cuyo contenido no deja duda de que su deseo, al encabezar personalmente sus tropas, era el de pacificar el país. "Confiemos en Dios que protege y protegerá a México y combatamos bajo nuestra sagrada invocación: ¡Viva la Independencia!"

¡Paradoja increíble! Esas palabras podría haberlas pronunciado Juárez, o Porfirio Díaz, o Corona, y Escobedo. Pero las emitía

un archiduque de Austria, un Emperador extranjero de México. Y era que Maximiliano sentía y actuaba como un mexicano. Así lo prueban sus diversas actitudes en la época.

En la mañana del 19 surgieron en el azul horizonte las siluetas de los campanarios queretanos. Los generales Miguel Miramón y Tomás Mejía salieron al encuentro del Emperador. Y más tarde, el general Ramón Méndez, con cuatro mil hombres que traía de Michoacán, se incorporó a las fuerzas imperiales que habrían de luchar por una causa perdida y encerrarse en un sitio de más de sesenta días hasta el desastre final.

La ciudad lo recibió con el engañoso entusiasmo que caracterizaba siempre las bienvenidas al Emperador. Querétaro, sin embargo, era de las capitales mexicanas más conservadoras y clericales de la época. Era lógico que se inclinara hacia el Soberano católico, prefiriéndolo al reformista Juárez que ya estaba muy cerca de allí, en San Luis Potosí.

Se engalanaron calles y casas con guirnaldas y flores, con alfombras y cortinajes. Hubo música, himnos, repiques y salvas militares como en las antiguas recepciones imperiales.

El pueblo, masa amorfa, carente de convicciones propias, pues aún alentaban en él los viejos vestigios del tutelaje colonial, participó en los festejos de bienvenida, pero sin una idea muy precisa de su significado. Era una fiesta en medio de la guerra, y la gozaba. Y las clases altas, por conveniencia lógica e intereses personales, se unían al regocijo general en aquél, su único contacto con las masas populares.

¡Viva el Emperador!

¡Viva Maximiliano!

Sólo la clase media, la menos numerosa y la más ignorada en la época, pero la que mayor intuición demuestra en la evolución

de los acontecimientos públicos, observaba fría y pasivamente el homenaje, sin dejar de manifestarse escéptica ante el artificioso júbilo que se esforzaba por ahogar el lejano eco de los cañones republicanos.

Maximiliano que no había olvidado incluir en su tren de viaje la caja de condecoraciones que siempre llevaba su tesorero en los recorridos por la provincia, impuso medallas a los soldados del general Méndez por su campaña de Michoacán. Se cantó un *Te Deum* en la Catedral; y en el Casino Español, donde se alojaba el Emperador, se sirvió un banquete.

Serían de los últimos agasajos ofrecidos al Monarca. Pronto, Querétaro, cercado durante más de dos meses, sufriría el tormento de la sed y el hambre; y en los momentos desesperados del trágico sitio que empezó el 6 de marzo, se recurriría hasta a carne de caballo para atender la imperiosa necesidad de subsistir.

Maximiliano, un poco más optimista por la cálida recepción, tenía tiempo hasta de jugar boliche en el Casino, de salir a sus acostumbrados paseos a caballo por las inmediaciones, vistiendo traje de chinaco con botonadura de plata y sombrero jarano; o de hacer recorridos a pie por las calles de Querétaro, mezclándose entre el pueblo al que aspiraba a pertenecer. Nunca como en esos días se mostró el archiduque más sencillo y demócrata. Con frecuencia se detenía ante algún mendigo, y sin reparar que de México se habían traído recursos por demás exiguos, casi lo justo para mal subsistir, pedía al ayudante o al secretario que lo acompañaban, que se entregasen a aquel menesteroso unas monedas.

Vidaurri, nombrado Ministro de Hacienda —de una hacienda que ya no existía naturalmente—, movía con desaprobación la cabeza. Aquellos dispendios en momentos tan comprometidos, desfalcaban los escuálidos haberes con que había que pagar a los

nueve mil hombres de la guarnición y atender los gastos de manutención. Un préstamo forzoso a la ciudad de Querétaro, se hizo necesario. Así tuvo Maximiliano un remanente con qué seguir prodigándose en generosidades.

Entre tanto, los liberales avanzaban, acercándose más y más al último reducto del Imperio. De todo el territorio nacional, sólo México, Puebla, Orizaba y Querétaro, no habían sido tomadas por las fuerzas republicanas.

Escobedo desde San Luis Potosí, y Corona por Acámbaro, marchaban hacia Querétaro en un movimiento envolvente.

Miramón quiso atacar, pero hubo disensión en el Consejo de Guerra que se estatuyó. Y Márquez que lo presidía, resolvió esperar la ofensiva.

Fue ése uno de los magnos errores cometidos en Querétaro, pues precipitaría el sitio que se declaró el 6 de marzo de 1867.

Se tomaron posiciones y Maximiliano, seguramente por solidaridad hacia aquel puñado de fieles que lo acompañaban hasta el final, rehusó permanecer en su alojamiento de Querétaro. Acampó con las tropas en el propio Cerro de las Campanas donde cuatro meses después caería al impacto de las balas republicanas. Varias noches durmió a campo raso en improvisado lecho de sarapes mexicanos; otras veces, en una tienda de campaña que se instaló para él y algunos generales.

Ya que se había hecho el silencio y el tiroteo distante de los sitiadores entraba en receso, Maximiliano se tendía en el suelo, con las manos entrelazadas bajo la nuca. Y sus ojos entornados se perdían en la comba estrellada del cielo queretano, como indagando la incógnita de su destino.

En el cintilar hechizante de los astros quedaba prendida su mirada azul, abrumada de dudas e incertidumbres. ¿Dónde esta-

ría Carlota, su pobre y orgullosa Carla, herida para siempre de su mente, acaso muerta...? Parecía oír su voz grave y angustiada llamándolo: "¡Max...! ¡Max...!"

Y Miramar, su amado castillo saturado de sol y de aromas marinas, su remanso de paz y belleza, entre plantas y flores, y rumor de olas, y aletear de gaviotas...?

¿Regresaría allá, a "su sendero oscuro entre los mirtos", como lo había llamado en sus proféticos versos antes de partir? ¿O lo reclamaría este cielo fascinante de México que en el parpadeo de cada estrella parecía negársele y afirmársele, como en áureo coqueteo a sus torturantes cavilaciones?

El Emperador cerraba lentamente los ojos al influjo del sueño. Sobre su rubia cabeza se tendía suave y tierna la tenue luz de aquel cielo de estrellas. Le iluminaba el pálido rostro acentuando el fino contorno de la nariz y el de aquellos labios dormidos, asomados apenas por entre la orla dorada de su gran barba rubia.

Maximiliano soñaba quizá en la paz y en un México nuevo. Mejía, Miramón y algunos oficiales austriacos y belgas que a su lado yacían sobre el duro lecho del cerro, habrían podido ver a la luz de aquel cielo estrellado de marzo, que los párpados del Emperador se agitaban levemente y que su boca dibujaba una suave sonrisa. No es remoto que oyera en sueños aquellos vítores posteriores a su paso inicial por las calles de Querétaro.

Eran el más piadoso engaño en su agonía.

XXIV

EL SITIO

LOGRÓSE AL FIN persuadir a Maximiliano de que no tenía objeto resistir el sitio de Querétaro en lugar tan expuesto como el Cerro de las Campanas.

Las columnas liberales que rodeaban la ciudad, alcanzaban a verse sin catalejos, de lo cual resultaba fácil para ellas hacer blanco sobre las tiendas de campaña que se instalaron para el Emperador y los altos jefes imperialistas dos o tres días después de iniciado el sitio.

Se escogió como cuartel el Convento de la Cruz, un vetusto edificio colonial austero e inhóspito; y una de las celdas fue improvisada como dormitorio de Maximiliano.

La humildad de aquel aposento compuesto de unas cuantas sillas, una mesa con un lavamanos, unas perchas y el conocido catre de latón que el Soberano usaba siempre en sus viajes, ofrecía un triste contraste al comparársele a la suntuosidad palaciega de las alcobas imperiales de México. Podría haberse creído que no era un príncipe de Habsburgo, Emperador de México quien había trasladado allí su gobierno, sino el humilde ex-pastor de ovejas, el estoico indio oaxaqueño que así, en cuartos miserables y destartados, tuvo que refugiarse en su peregrinaje a través de los seis años de la invasión francesa.

En otra celda contigua se colocaron varias cajas conteniendo conservas, galletas, encurtidos y vinos que previamente se habían obtenido para hacer frente al sitio.

Todavía por algunos días pudo comerse carne fresca porque varios oficiales, burlando a los sitiadores, lograron introducir a Querétaro reses y provisiones. El propio Miramón consiguió sesenta bueyes, cien cabras y un buen cargamento de maíz. Más tarde, en un ataque por sorpresa a los liberales, pudo arrebatárles varios carros de víveres y gran cantidad de municiones.

Pero el agua faltaba ya. Los republicanos habían destruído el acueducto y desde la ciudad podía verse la gruesa cascada que formaba el precioso líquido cayendo de su rota cañería. Los pozos y las cisternas reemplazaban en parte la escasez pero hubo necesidad de racionar las suministraciones. Y pronto los víveres tuvieron que repartirse con extrema prudencia.

El Emperador se sometía, igual que todos los sitiados, a aquella obligada organización y sólo gozaba de un privilegio especial, según relatan su médico Basch y su secretario Blasio, al aceptar el pan que diariamente horneaban para él y sus allegados, unas monjas de Querétaro.

Más tarde, ya no fue posible aquel obsequio porque se agotó la harina. Y el Emperador hubo de privarse hasta de lo más imprescindible. Es casi seguro que por aquella dieta forzada, unida a la zozobra constante de los diarios bombardeos, pero sobre todo, a la incertidumbre de un porvenir sin esperanzas, la antigua enfermedad del Emperador se haya acentuado. Sin elementos ni tranquilidad para trabajar, el doctor Basch se desesperaba por no poder combatirle aquella disentería que consumía al Soberano. Su debilidad era evidente y sus uniformes empezaron a quedarle holgados. Llegó un día en que el racionamiento ya no fue necesario. El maltrecho organismo del Monarca rechazaba

todo alimento, admitiendo tan sólo infusiones de té o atoles. Fue así como se le ahorró el tormento de comer carne de caballo como muchos de los sitiados.

Ante la desesperada situación, Maximiliano pensó en enviar a México a alguno de sus generales, en busca de auxilio. Tras de alguna discusión en el Consejo de Guerra, se determinó que fuese Márquez, en calidad de Lugarteniente del Imperio, quien rompiese el sitio para dirigirse a la Capital y reunir allí tropas, dinero y demás recursos, volviendo inmediatamente en ayuda del Soberano y los sitiados.

Acompañado del general Vidaurri y una escolta de mil doscientos soldados de caballería, logró escabullirse en las tinieblas de media noche por entre las filas republicanas.

Era el 22 de marzo de 1867. Márquez, a quien también se ha señalado como traidor al Monarca, nunca volvió a Querétaro. ¿Fue una huída la suya? ¿No pudo en verdad regresar porque creyó más importante salir a combatir en Puebla al general Porfirio Díaz, en aquella batalla que la historia conmemora como el glorioso 2 de abril?

Maximiliano, cuyo sino parece ser el abandono, fue dejado también a su suerte por aquel general mexicano que tanta adhesión le demostró desde que por primera vez pisó las playas veracruzanas. Sin Márquez a quien se apodaba "El Tigre", los franceses que desconocían el montañoso país, no hubiesen logrado avanzar tan rápidamente como lo hicieron, ni habrían obtenido triunfos tan contundentes como para apoderarse del corazón de México. Márquez les mostró el camino, fue su guía a través de los vericuetos de las sierras de Puebla y Veracruz donde se ocultaban las guerrillas republicanas que estorbaban el paso a los invasores.

En la angustiosa espera de refuerzos que no habrían de llegar nunca, los siete mil sitiados frente a un cerco de cuarenta mil soldados republicanos, poco podían hacer como no fuera los combates aislados que dirigía casi siempre Miramón o el temerario Mejía, unas veces con algún éxito, logrando hacer huir a los juaristas que dejaban tras de sí provisiones y armas; pero la mayoría de las batallas sólo daban como resultado un repliegue más de los imperialistas.

Así llegó el día 10 de abril que conmemoraba la fecha en que Maximiliano aceptó el trono de México en Miramar y fue proclamado Emperador por la misión de mexicanos encabezada por Gutiérrez de Estrada. Las felicitaciones que los generales y la oficialidad le presentaron ese día, parecían un escarnio. Era como felicitar a un desahuciado moribundo. Unos días antes, en un festejo militar organizado por Maximiliano para condecorar a los defensores de Querétaro, Miramón que también sabía actuar en la farsa imperial, muy solemnemente pidió permiso al Emperador para prenderle en la guerrera, la medalla de cobre del soldado raso.

Y el Soberano, emocionado, abrazó a su general con los ojos húmedos, quizá pensando que aquella modesta condecoración era la más sincera de todas las que se le habían otorgado. De ahí hasta su muerte, la usó siempre y con ella sobre el pecho pasaba revista a las tropas y asistía a las diarias reuniones del Consejo de Guerra que cada vez se mostraba más indeciso en sus determinaciones, pues veía el fin próximo.

Se pensó, sin embargo, en burlar el sitio y salir de aquella ciudad que sólo era una cárcel sin esperanza pues Márquez no llegaba con los refuerzos, y cuanto correo se le enviaba, era hecho prisionero y ejecutado por los liberales.

Para la noche del 14 al 15 de mayo se dispuso la evacuación de la plaza y se hicieron los preparativos pertinentes, habiendo, incluso, repartido Maximiliano entre sus oficiales y servidores, los cinco mil pesos de oro que quedaban en caja, previendo que pudiesen dispersarse en la huída y cada quien necesitase de fondos.

Todo estaba listo: caballos, armas, tropa, dinero, equipaje, cuando, de pronto, un hecho inesperado, inconcebible, puso fin a aquel intento de fuga. El Convento de la Cruz se vio súbitamente invadido por soldados liberales. Alguien—la Historia señala al coronel López—había facilitado el paso a los republicanos y aquel era el fin del Imperio.

Maximiliano que dormitaba aún, pues la salida se había planeado para la madrugada, fue despertado por su criado mexicano Severo, que le informó de la irrupción de los liberales.

Vistióse rápidamente y en la oscuridad de la noche hubo gran confusión, pues Maximiliano y algunos de sus fieles, pudieron salir del convento sin ser reconocidos. Iban a reunirse a la guarnición del Cerro de las Campanas en un último intento de hacer frente a las fuerzas republicanas que ya empezaban a ocupar la ciudad sitiada.

En el trayecto, dice la crónica histórica, encontraron al Coronel López, quien en lugar de incorporarse al grupo del Emperador, extrañamente regresó a galopé hacia el convento donde se encontraban los ocupantes juaristas.

Con voz nerviosa que lo delataba, conminó a Maximiliano para que se escondiera, pero él dignamente se rehusó a hacerlo porque, como dijo, "habría tenido que ocultar a sus generales, a las tropas y a todos los sitiados que habían sufrido con él la tremenda prueba".

Siguió caminando a pie entre un grupo de leales hacia el fa-

tídico Cerro de las Campanas donde poco después habría de ser fusilado.

Pronto se reunieron al grupo otros jefes militares, entre ellos el general Mejía, que se había enterado de súbito de la catastrófica noticia: Querétaro estaba tomado y no había salvación posible.

La guarnición del cerro, compuesta de unos cien soldados y menos de media docena de oficiales, era tan escasa y tan pobre de armamento, que no hubo más disyuntiva que la de rendirse.

Con la pesadumbre en el alma y las azules pupilas cargadas de infinita tristeza, Maximiliano miró a sus generales y soldados que caían con él. Le dolía, más que su propio destino que él pudo en lo personal alterar abdicando o huyendo, el de aquellos mexicanos que tan estérilmente se habían entregado a una causa perdida.

Montó a caballo con las ruinas de su Estado Mayor y su ejército, y regresó a Querétaro que en la claridad del alba, no dejaba dudas de su total ocupación.

El general don Mariano Escobedo, jefe de las tropas liberales del sitio de Querétaro, avanzó a caballo hacia el Emperador. Y a él hizo entrega Maximiliano de su espada.

Fue una rendición quieta, sin violencias ni sangre. El Emperador de México pasaba a ser el archiduque austriaco, Fernando Maximiliano de Habsburgo, prisionero de la República.